

HELENICA



HELÉNICA

Llega con paso breve.  
Llega envuelta por gasas  
que transpiren el nardo y la verbena  
y remarquen tus líneas estatuarias.

Llega mostrando los divinos ojos  
tras la reja ideal de tus pestañas;  
llega con la febianca cabellera  
de mirtos y de rosas coronada;

llega al sagrado bosque  
 donde el Amor te aguarda,  
 prevenida en el arco  
 la más punzante flecha de su aljaba.

El altar sacro de la madre Venus  
 en el fondo del bosque se levanta;  
 todo él entero se hizo  
 de una concha de nácar  
 que sobre tres columnas de corales  
 se yergue y afianza.

Nereidas y tritones  
 junto a él los himnos venusianos cantan;  
 y la diosa fecunda,  
 en la concha apoyada,  
 nos dice con la voz de su sonrisa:

«Cumplid la ley de amor ante mis aras.  
 Una sola caricia será el bosque  
 mientras el dulce sacrificio se haga.»

Llega. Todo está pronto.  
 Tú solamente, hermana  
 de Venus en belleza,  
 para empezar el sacrificio faltas.

De un rincón de este bosque  
 haremos nupcial cámara.  
 Heno fresco, jugoso,  
 a tu cabeza servirá de almohada.

Para tu cuerpo bordarán los musgos  
 tapices esmeralda.

La luna, suavizando sus fulgores  
 en el tamiz espeso de las ramas,  
 para que a obscuras el Amor no triunfe,  
 nos servirá de lámpara.

Divino será el goce que gocemos:  
 presídalo Diana.

Escucha. Las ondinas secretean  
 del claro río en las profundas aguas;  
 una ninfa se asoma  
 al mármoleo tazón de la fontana;  
 risa suya es el chorro diamantino  
 que por el aire en gotas se derrama.  
 Escucha, amada mía,  
 aún más voces a gozar nos llaman.

Entre los matorrales  
 suena de Pan la flauta;  
 los céfiros, moviendo en el espacio  
 sus transparentes alas,  
 con suspiros de amor nos solicitan;  
 ¿no oyes su acento en árboles y matas?

Los silfos en el cáliz de las flores  
 coros lascivos cantan.

Amor sonríe, y la fecunda Venus,  
 la diosa, del deleite soberana,  
 con un gesto sensual entrambos senos  
 sobre sus manos alza.

Llega con paso breve;  
 llega envuelta por gasas  
 que transpiren el nardo y la verbena  
 y remarquen tus líneas estatuarias.

Llega. De ti al encuentro  
 mis brazos se adelantan,  
 para ser ceñidor en tus caderas,  
 para hacerse collar en tu garganta.

¡Ven! ¡Gufente mis manos  
 hasta los pies del aral...  
 ¡Ven..., mujer!... A tu paso  
 iré arrojando despuntadas ramas.  
 ¡Ven!... Marcharemos tu cabeza en mi hombro,  
 ¡metida tu mirada en mi miradal!...

Así entrarás en la nupcial alcoba;  
 los brazos caídos, las pupilas vagas.

Mis dedos, una a una,  
 te irán quitando las virgíneas gasas;  
 tus cabellos fragantes  
 caerán en ola rubia por tu espalda.

Yo, cortando capullos  
 de azucena y acacia,  
 con lluvia de colores y perfumes  
 incensare la estancia.

Después, con dos puñados  
 de rosas rojas y de rosas blancas,  
 vestiré las doradas desnudeces  
 de tu carne fidiana.

Esas flores serán, hoja tras hoja,  
por mis hambrientos labios estrujadas;  
y cuando, de mis besos a la lumbre,  
vibren tus nervios y tus venas ardan,  
en abrazo supremo,  
fundidos cuerpos y almas,  
rodaremos los dos sobre los verdes  
tapices esmeralda.

.....  
.....

Así en la madre Grecia  
las beldades helénicas llegaban  
a ofrecer al artista  
el divino tesoro de sus gracias.

Hermosa como Venus  
y, como ella, en deleites soberana  
eres tú. ¡Ven, mujer, al lado mío!,  
el artista te aguarda.

¡Ven!... Hagamos que Grecia resucite  
en estas arboledas solitarias.  
En ellas triunfa Amor, cuando la noche  
con su beso de sombra las consagra.

CHISPERA

CHISPERA

Arrodillada sobre la hierba  
del cementerio de la Florida,  
mientras con paso lento, solemne,  
va desfilando la comitiva,  
ante el sepulcro de los chisperos  
reza una moza de Maravillas.

Blanco es su cutis como la leche;  
negros sus ojos como la endrina;

negro su pelo, que de la nuca  
 en la sedosa carne se riza.  
 Los veinte mayos, por este mayo,  
 cumplió la moza de Maravillas.

Para prestarle sombra y cobijo  
 hacia ella un alto ciprés se inclina;  
 del sol los rayos primaverales  
 por el ramaje verde se filtran,  
 y caen deshechos en polvo de oro  
 sobre la moza de Maravillas.

Corpiño rojo ciñe su cuerpo;  
 estrecha falda marca sus líneas;  
 en sus orejas tiemblan aljófares;  
 sobre su seno florecen lilas.  
 Alta peineta sobre su moño  
 luce la moza de Maravillas.

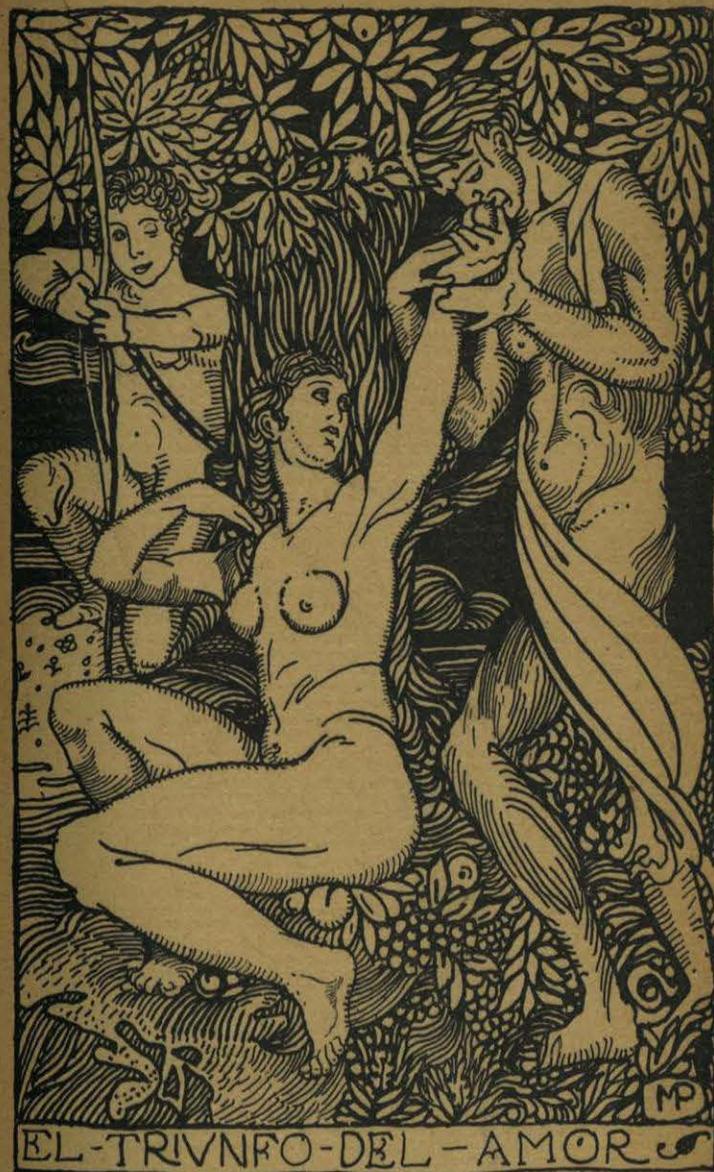
Ante la fosa de los chisperos  
 se ha detenido la comitiva.  
 Ricos magnates faltan en ella.  
 También faltaron el noble día  
 en que, hecha ríos, corrió la sangre  
 de los chisperos de Maravillas.

Hoy en la fosa de los humildes  
 triunfan coronas de siemprevivas.  
 Hoy, al influjo de las coronas,  
 todo el pasado se resucita;  
 a vivir tornan los heroísmos  
 de los chisperos de Maravillas.

Y con la moza de negro pelo,  
 por un corpiño rojo ceñida,  
 resurge bella, bajo la sombra  
 del ciprés alto que la cobija,  
 la donairoso, goyesca imagen  
 de las chisperas de Maravillas.

Ante mis ojos, con la peineta  
 en el obscuro moño prendida,  
 del ciprés alto bajo las ramas,  
 se hizo figura de carne viva,  
 real imagen, forma tangible,  
 una chispera de Maravillas.

Verdes cipreses, paredes blancas  
 del cementerio de la Florida,  
 ¡qué luz tan dulce la de la tarde  
 que os saludaba cuando moría!...  
 ¡Qué luz tan dulce la de los ojos  
 de la chispera de Maravillas!



EL-TRIVNFO-DEL-AMOR

## EL TRIUNFO DEL AMOR

En un bosque, cubierto de flores encantadas,  
la imagen hecha carne del mal y del horror,  
se detuvo rendida por su brutal faena.  
El bosque era la hermosa vivienda del Amor.

Una mujer divina por la espesura andaba.  
Mujer, sí, que Amor era y Amor no puede ser,  
pese a todos los ritos del símbolo pagano,  
envuelto en otra forma que en forma de mujer.

El encantado bosque corría a la ventura  
cuando la fiera imagen del monstruo contempló.  
¿Quién no huyera al mirarle, temiendo sus rencores?  
Amor al ver al monstruo, llegó a él y sonrió.

«¿Cómo de mis jardines el césped huellas?—dijo—.  
¿También aquí pretendes tus golpes descargar?  
Pues yerras el camino. Aquí serás esclavo.  
Aun de la propia muerte Amor sabe triunfar.»

Hacia la imagen que le provoca,  
el fiero monstruo, con rabia loca,  
quiso sus fuertes garras tender.  
Pero sus garras se detuvieron  
cuando bajo ellas latir sintieron  
la carne espléndida de la mujer.

De huir trató. Era tarde. «Ya eres mío  
—dijo Amor, sin dejar de sonreír—.  
A quien Amor con sus prisiones ciñe  
ya no consigue del Amor huir.

Por mágico conjuro brotó de la floresta  
la corte peregrina del reino del Amor,  
del reino de prodigios en cuya tierra sacra  
cada mujer está hecha con hojas de una flor.

Rientes, hacia el monstruo las ninfas avanzaron,  
burlando de su imperio la majestad cruel.  
En vano luchar quiso. Amor, con el perfume  
de las mujeres-flores, metióse dentro de él.

Y ya el monstruo no halla de defenderse modo.  
La triunfadora corte de Amor ante él está,  
y describiendo un círculo de carne sonrosada,  
pasando ante sus ojos enloquecidos va.

Y más el círculo  
se va estrechando;  
y va llegando  
más cerca de él;  
manos rosadas  
ciegan sus ojos;  
alientos suaves  
crispan su piel.

Febril, desvanecido,  
en tierra da rendido,  
el beso de unos labios  
pidiendo por favor;  
y el símbolo siniestro  
de muerte y de furores  
cae, muriendo de amores,  
en brazos del Amor.

A LA REINA DE LA FIESTA

A LA REINA DE LA FIESTA

No los hombres, el Cielo, donándote hermosura,  
te ciñen la corona de reina de la fiesta.  
De ancianidad por fuero, me toca la ventura  
de ser yo quien la deje sobre tus sienes puesta.

Trovando amor y gloria viví mis juventudes.  
Oyó los cantos míos la tierra provenzal;  
canté de los guerreros la gloria y las virtudes;  
canté por la belleza sagrada e inmortal.

Mis áureos cabellos en plata se trocaron,  
perdió mi viejo plectro su placentero son;  
mi voz ha enronquecido, mis ojos se nublaron;  
pobre y cansada, llega a ti mi inspiración.

Pero aun hay en mi lira un último sonido  
y a traerlo llevo, reina, a tus divinos pies.  
Mi culto es la belleza; buscándola he venido  
del provenzal terruño al reino aragonés.

En ti la encuentro. Vive radiante en tu pupila.  
Sonríe entre los arcos bermejos de tu boca;  
en los huecos rosáceos de tu nariz titila;  
el soberano trazo de tu perfil la evoca.

Transpira entre las ondas que forma tu cabello;  
se afirma en el arranque fidal de tu cintura,  
asciende por tu espalda, resbala por tu cuello,  
emerge del dibujo total de tu figura.

Reina eres de la fiesta. En ti Belleza tiene  
sacerdotisa augusta, emblema corporal.  
Esclavo de su culto, a proclamarlo viene  
en tierra aragonesa un bardo provenzal.

Sean mis torpes manos quien ciñan la guirnalda  
de perfumadas rosas a tu nevada sien;  
resbalen lentamente sus hojas por tu espalda  
y en nombre mío un beso sobre tu frente den.

Reina eres de la fiesta. Con tu beldad pregona  
de la belleza el culto sublime e inmortal.  
Reina eres de la fiesta. Cíñete la corona  
con sus temblantes dedos, un bardo provenzal.

Nº 199347

Sírvase devolver  
este talón al con-  
cluir la lectura.

AMIO

-----  
Guarde silencio.

-----  
No maltrate los  
libros.

-----

EL ANDAMIO

No 180377

Si se desea devolver  
este libro al con-  
sular de España.

Guarda este libro

No se permite la  
libros

EL ANDAMIO

EL ANDAMIO

En el tablón, sustento de su vida  
y amenaza perpetua de su muerte,  
la blusa por el aire sacudida,  
igual que su existencia, por la suerte,

el albañil emprende su faena  
al ser de día; y con el alma llena  
de esperanzas y amor, suda y se afana  
entonando un cantar, que al cielo sube  
envuelto en una nube  
de cal, que dora el sol de la mañana.

Un día y otro, desde aquellos años  
que son tan cortos y huyen tan de prisa,  
en que no tienen voz los desengaños  
y en que saben las lágrimas a risa,  
fué aquel tablón su anhelo más querido.

El aprendiz que a él sube, ya ha vencido,  
ya se encuentra de obrero consagrado.  
Allí el bautismo del trabajo se halla,  
como se halla el bautismo del soldado  
en el sangriento campo de batalla.

Llega al tablón por fin; a él reunida  
su historia ha de quedar. Aquel madero  
es toda su fortuna, el compañero  
constante de las luchas de su vida.

Firme sobre él, emprende su tarea;  
la blanca blusa en el espacio ondea;  
rompe el tapial del pico el golpe duro,  
cede el muro del músculo al empuje;  
y mientras cae el muro  
el hombre canta y el andamio cruje.

Canta, pero tal vez en sus canciones  
hay vibraciones de clarín de guerra,  
ecos agrios de airadas maldiciones  
contra los poderosos de la tierra.

Tal vez, al contemplar desde la altura  
de aquella tabla, angosta e insegura,  
al burgués que descansa o se divierte,  
siente brotar del fondo de su pecho  
apetitos de muerte  
y oleadas de furia y de despecho.

Tal vez llegue a pensar que en la morada  
donde deja pedazos de su vida,  
por él, piedra tras piedra, levantada;  
por él, golpe tras golpe, construída,

ha de habitar el rico, el caballero,  
que tiene por insulto y por ultraje  
el que roce la blusa del obrero  
el satinado paño de su traje.

Tal vez lo piense y, al pensarlo, cante,  
haciendo del cantar grito de guerra,

para decir, con firme y arrogante  
voz, a los poderosos de la tierra:

«Desde esta humilde tabla os desafío;  
miradme bien; vuestro edificio es mío;  
mío, porque mi mano lo fabrica;  
mío, porque mi mano lo construye.  
Y esta mano es la mano que edifica,  
pero es también la mano que destruye.»

SONETOS